

# LA ASTORGA DE “LA CIUDAD ENTRE MÍ”

MARTA PRIETO SARRO

Hace apenas un año que leí, por azar, una recopilación de artículos de Luis Alonso Luengo publicada bajo el título de *La Ciudad entre mí*. La ciudad era, evidentemente, Astorga y yo tuve en aquella ocasión la certeza de que, hasta entonces, no había conocido Astorga. O lo que es lo mismo, que cuantas veces había llegado hasta allí había sido incapaz de comprender ese algo que aún flota por sus calles y envuelve sus edificios. De la mano literaria de Luis Alonso Luengo descubrí que *mí* Astorga era tan fría como las vetustas y hermosas piedras que la componían porque le faltaban *historias* y en ellas estaba la magia de una ciudad en la que “*cada hora del día tiene su rincón propicio*” a pesar de que exista una, la de Postas, que reúna todas las horas del día.

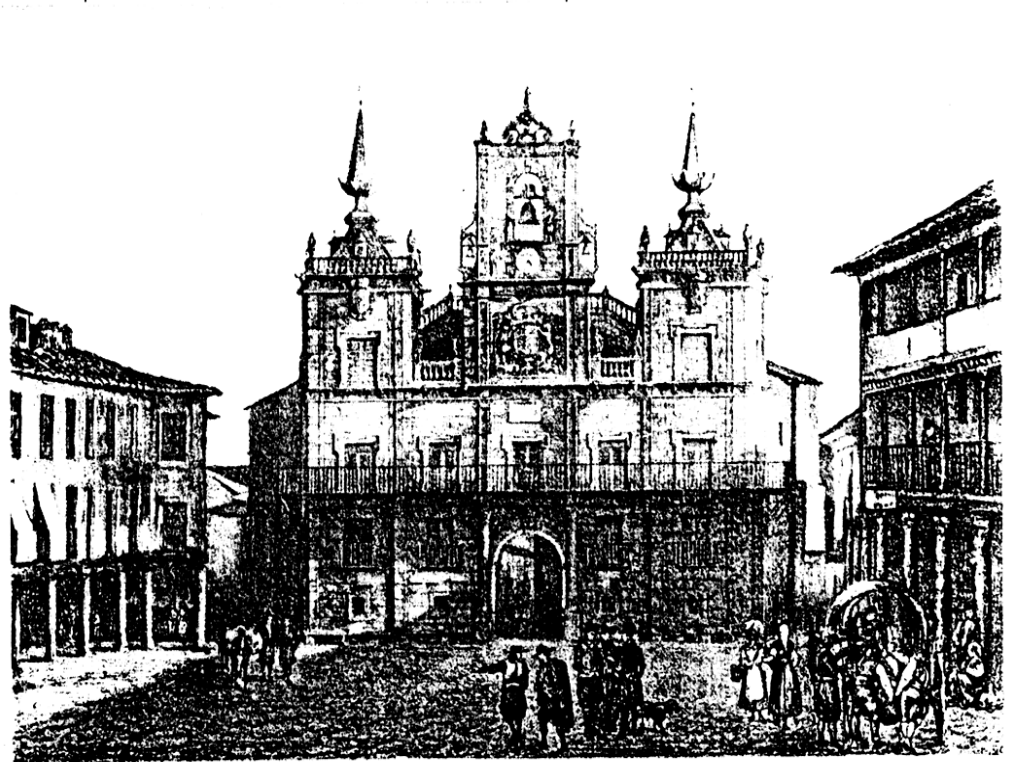
Regresar a Astorga tras leer *La Ciudad entre mí* y con un ejemplar en las manos fue una experiencia extraordinaria. Ésta se había convertido, de pronto, en la ciudad natal del último gobernador español en Manila, en la ciudad de la infancia de Víctor de la Serna (que desde entonces era capaz de saber por el olor cuándo alguien había llevado a su casa una hogaza de *a ocho* de Astorga), en el paraíso de las tertulias y las fiestas del Casino...Era posible contemplar la catedral desde el mismo lugar en que lo hiciera Gustavo Doré, imaginar el interior de aquella casa blasonada en la que se hospedó en cierta ocasión la reina Isabel II y seguir los pasos de Cancio Erasmo, profesor del seminario *trasplantado* a Astorga desde su cátedra de latín y humanidades omañesa.

Hay que levantarse pronto para ver cómo la ciudad se despereza con el olor de buñuelos calientes que pregonan

por las calles las mujeres el ruido de las cántaras que las lecheras de San Román llevan a lomos de un borrico. La ciudad está, sorprendentemente, llena de sonidos. Suenan las campanas que anuncian los oficios, las pisadas madrugadoras de curas que pasean su negar vestimenta y hasta suenan los pensamientos de aquellos caballeros de antaño, liberales y anticlericales, que ahogan su fastidio rezando el Rosario... En algún lugar de la ciudad se oye la campanilla de Eleuterio el limosnero, que besa las monedas que le ofrecen para las ánimas, y el tintineo de las

equivoca. La literatura convierte lo inverosímil en verosímil y perpetúa la existencia de cuanto ha sido narrado. En los jardines hoy tristes de Astorga vive aún el recuerdo de aquellos muchachotes que escribían revistas veraniegas y organizaban verbenas; por los rincones de la ciudad pululan periodistas sorprendentes de *periodiquines locales*, curas enzarzados en disputas poco teológicas, gentes corrientes que abren y cierran comercios, olores, colores y sabores.

Es probable que Astorga sea, para siempre, la Astorga de ese tiempo



Grabado del Ayuntamiento de Astorga.  
Dibujo de I. Monrós. Mediados del siglo XIX. Basado en un grabado de F.J. Parcerisa.

llaves que lleva el señor Guillermo que “*se dirige a la catedral a dar cuerda al Reloj*”. A voces ofrece el heladero sus helados, alto suenan el “*traqueteo de los obradores con olor fresco de chocolate*” o el “*ajeteo de los mesones con los patios llenos de caballerías*” y hasta lo alto sube desde el mercado de los martes “*el regateo de la docena de huevos*”.

Hay quien dirá que la Astorga plasmada por Luis Alonso Luengo en *La Ciudad entre mí* ya no existe y se

amplio y extenso del que Luis Alonso Luengo es memoria viva y prodigiosa. Y cada vez que alguien descubra Astorga a través de *La Ciudad entre mí* estará demostrando, como él dice, que “*no hay un solo rincón que si tiene figuras no exprese la esencia del lugar en que la historia se sitúa*”.